

acontecimientos con tan admirable sencillez, atribuye á esta resolucion la irreparable catástrofe. Cuando se necesitaban dos hombres de una mirada certera, de una conciencia segura, de una voluntad enérgica, hábiles en el manejo de las armas, resueltos á morir ó matar, eligieron á Volterra y Estéfano, dos instrumentos bien débiles para la consumacion de un crimen tan grande.

Por fin llegó el día de perpetrarlo. Los inmensos espacios de Santa María estaban llenos de gentes; y Lorenzo de Médicis al pié mismo del altar. Comenzados los divinos oficios, no habia ido aun Julian de Médicis, cuando dos conjurados salieron á buscarle, con tal disimulo y perfidia que le acompañaron desde su palacio á la iglesia, y en el camino le hicieron reir mil veces con sus agudos dichos y con sus inagotables gracias. Sabian los Médicis todo el odio, que los Pazzis les guardaban; pero no preveian que pudiesen apelar al crimen, para derribarlos, cuando se hallaban abiertos los anchos caminos de las leyes y seguros los medios eficaces de la libertad en una democrática República. Oíanse los cánticos sagrados; sonaba el órgano santo; subian al cielo bajo la inmensa rotonda que tiene la extension de un horizonte las azuladas nubes de incienso; cuando, en lo mas sublime de la misa, al punto de la consagracion, los conjurados se lanzan á un tiempo mismo sobre Julian y sobre Lorenzo de Médicis, que estaban absortos en la mística contemplacion de los divinos misterios. Julian no puso resistencia alguna; y cayó herido de varias puñaladas, al pié mismo del altar; mas Lorenzo, con mayores brios y ánimo mas resuelto, defendióse, requiriendo armas que llevaba ocultas, y salió salvo, aunque no ileso, pues tuvo una ligera herida en la garganta. Apenas puede describirse lo que sucederia en aquel momento terrible: el tumulto sustituyendo á la majestad de las ceremonias religiosas, el vocerío discorde ahogando las voces melodiosas del órgano y del coro, el oficio divino cortado por nefasto crimen, la sangre corriendo al pié de los altares donde solo deben correr las lágrimas de los fieles, los sacerdotes agrupándose despavoridos en torno del cáliz y de la hostia para preservarlos de terrible profanacion, las imprecaciones allí donde solo debian oirse las plegarias, las manos con armas homicidas en vez de piadosas ofrendas, el terror hiriendo de tal suerte los aires que un testigo presencial creyó descuajadas las bases y derruidas las

bóvedas del templo, un muerto al pié del ara donde se ofrece á Dios el incruento sacrificio de la misa y fluye la fuente misteriosa de la eterna vida, y sobre todos estos horrores, la figura y la corona de un Papa.

No puede formarse el lector frio una idea de las venganzas que debian seguir á esta conjuracion frustrada. El arzobispo de Pisa, principal jefe de ella, y los varios caballeros que le acompañaban, aparecieron colgados, á los pocos minutos de saberse la noticia, en las ventanas y balcones del palacio de la Señoría. La familia de los Pazzis sufrió la dura ley de exterminio; á nadie se perdonó en aquel arrebatado de pública cólera; los sepulcros fueron rebuscados para matar á los mismos que en ellos buscaran asilo contra la muerte; derramaron las campanas los ecos del terror por los montes, por las aldeas, por las campiñas; y los campesinos recogieron á cuantos huian y los llevaron á la ciudad para tener la satisfaccion de verlos inmediatamente en la horca. Muchos de estos apresados pedian, de rodillas, en los lugares mismos del apresamiento, como una muestra de piedad, que los rematasen aunque fuese á golpes. La sangre corrió á torrentes, pues los mas crueles eran los mas deseosos de un cambio de gobierno, deseo que ocultaban despues de la derrota, redoblando cobardes el terror y la venganza. La ira pública creció de punto y agrandó la personalidad de Lorenzo de Médicis, mayor aun que por sí misma, por la grandeza y el valor y el número de sus potentes enemigos. Despues de esta tragedia, sobrevino la guerra con el rey de Nápoles; y la furiosa excomunion del Papa que, no contento con fulminar sus rayos pontificios, blandia tambien contra la Florencia de los Médicis, sus armas materiales. Pero Lorenzo, tan consumado diplomático como hábil gobernante, partióse á Nápoles, captóse la amistad de su rey, formó una liga con todos los potentados de Italia, y dejó aislado á Sixto IV, el cual murió á consecuencia de esta derrota de toda su política y de esta frustracion de todos sus proyectos.

La eleccion de nuevo Papa trajo consigo gravísimas dificultades. El nepotismo imperante en los últimos pontificados levantaba en torno de cada uno de los Pontífices numerosas dinastías de hijos ó sobrinos, empeñados en continuar explotando la tiara, despues de muerto el posesor á quien debian una proteccion escandalosa. Los Borgias, los Piccolominis, formaban legiones de cardenales á consecuencia de la proteccion de un Calixto III ó de un Pio II,

y competían con los Orsinos y con los Colonnas en aspiraciones perturbadoras á la dominación y á la granjería. Pero ninguno de los sobrinos de los Papas anteriores había llegado al triste extremo á que llegaron los Roveres y los Riarios, sobrinos de Sixto IV. Muerto este quedaba para sucederle el llamado cardenal de San Pedro In Vinculis, que parecía un eterno Papa, y que amenazaba al conclave por tener en manos de sus gentes la principal fortaleza romana. Sucediáanse las intrigas de tal suerte, y en tanto número, que nadie se acordaba de las puras ideas religiosas comprometidas en la elección de Papa; y todos se acordaban de los impuros intereses políticos. Los venecianos querían al cardenal de San Marcos; los genoveses á un cardenal nativo de su República; los florentinos á un instrumento de los Médicis; mientras los napolitanos oponían su veto á la mitad casi del sacro colegio, por temor al influjo de un Papa hostil que era para ellos siempre pavorosísimo enemigo. Los dos verdaderos candidatos, el cardenal Borgia y el cardenal Rovere, poderoso este por la fuerza de su temperamento y no menos poderoso aquel por el número de sus riquezas, tentaron el terreno, y no encontrándose papables, como en la jerga de la curia romana se dice, convinieron en nombrar al cardenal de Génova, que tomó el nombre de Inocencio VIII. En la hora del escrutinio, cuando el cardenal de Siena tenía cogido el cáliz donde los votos estaban depositados y el cardenal Borgia iba leyendo el nombre del electo, bien podía decir ¡él! que los había ajustado, el precio de los votos. El cardenal de Parma votó por la legación del patrimonio pontificio; el cardenal Colonna por Ceprano y por veinticinco mil ducados que le dieron de indemnización á causa de la quema de su palacio y por siete mil ducados de renta anual; el cardenal de Novara por un castillo fuerte y la legación de Perusa; el cardenal de Aragon por el palacio de San Lorenzo en Lucina; el cardenal Visconti por una renta de doce mil ducados; el cardenal Borgia por varios beneficios en España.

En medio de esta corrupción aparecía el alma de Savonarola como una estrella entre tinieblas ó como una flor entre espinas. Él, solamente él, guardaba los ideales que podían salvar de la podredumbre aquella sociedad enferma y decadente. Dios le había dado el don, que reserva para sus elegidos, el rayo de luz que penetra en los abismos del alma, la chispa de electricidad que agita los nervios del cuerpo, la santa melodía que transporta el pensamiento á las

regiones superiores de lo sobrenatural, la fuerza creadora que da relieves y color á las ideas, la virtud persuasiva que encadena y arrastra las voluntades, la expansión sublime que difunde las creencias y enciende la fe, el don de los dones, el don de la palabra, el genio de la elocuencia, el secreto de transfigurarse á sí mismo y transfigurar á los demás en las inaccesibles cimas del espíritu. Y este don de la palabra lo había puesto Savonarola, como deben hacer todos cuantos lo reciben por gracia y elección del cielo, no á servicio del error y de la tiranía, no al halago de los poderosos, no á la adulación de las muchedumbres, sino á servicio de la virtud, de la libertad, de la República, para elevar las almas abatidas, para encender los corazones yertos, para decir el *sursum corda* en los oídos sordos á las voces del cielo, para levantar los paráliticos de la servidumbre, para devolver la luz á los ciegos, para resucitar los que llevan una conciencia muerta en su seno, para difundir la fe y la esperanza entre todos los hombres.

Con propósitos así, con ideales de esta elevación, imaginaos cómo se encontraría frente á frente de Lorenzo el Magnífico. A los ojos de los que todo lo miran superficialmente, Florencia se hallaba en su zenit, después de la victoria obtenida sobre la conjuración de los Pazzis. Las ciencias resplandecían con resplandores nuevos en sus academias; las artes inspiraban á grandes legiones de genios incomparables que parecían llamados á hacer descender el cielo á la tierra; las instituciones republicanas se conservaban en la apariencia, como si una sola familia no tuviera extraordinario poder; crecían la cultura y la riqueza; arraigaba cada vez más la paz; y una liga, ideada por el talento diplomático de Lorenzo de Médicis, tenía en concordia á la antes perturbada y dolorida Italia. ¿Cómo Savonarola no se hallaba satisfecho y contento? Fácil, muy fácil de explicar su desasosiego y su disgusto. El monje veía en la familia de los Médicis una permanente amenaza y una eterna conjuración contra las libertades florentinas y contra las instituciones republicanas. Bien era verdad que Florencia se llamaba siempre República, que el pueblo todo ejercía la autoridad soberana, que se congregaban las varias asambleas populares á su debido tiempo, que el podestá residía en el Barghelo, que la Señoría estaba en su almenado palacio, que el Gonfaloniero ejercía su cargo amovible; pero todo á impulsos de una sola voluntad y todo bajo la dirección suprema

de un solo pensamiento. En la Roma decaída y esclava habia cónsules, tribunos, censores, comicios, curias, senado, pontífices; pero todo esto lo era una sola persona, todo esto lo era Augusto. Y en la absorcion de la ciudad por Augusto, á primera vista habia cierta grandeza, y en el fondo y en la realidad el gérmen venenoso de una irremediable decadencia. Allí se contenian los Césares imbéciles y protervos, las curias prostituidas, los senadores hechos domésticos del César, la corrupcion gangrenosa de la sociedad entera, la vileza del pueblo, la tiranía del ejército, los desmayos de la voluntad y de la conciencia romana, la muerte del antiguo valor, la irrupcion bárbara, el castigo irreparable y la eterna deshonra. Savonarola, que deseaba vigorizar la conciencia en las puras ideas del Evangelio y robustecer las muchedumbres en los ejercicios severos de la libertad, así como predicaba al Pontífice romano la reforma, y con ella un regreso á las primitivas virtudes cristianas, predicaba al pueblo la República, y con ella un regreso á las grandes virtudes políticas; y no podia ver de buen ojo ni al Papa, que todo lo viciaba en el Vaticano, ni al estadista que todo lo viciaba en la Señoría.

Acostumbrado Lorenzo de Médicis á ver doblarse sin excepcion las rodillas y las frentes en su presencia, debia extrañar mucho la entereza cuasi soberbia del monje dominicano. El convento de San Marcos, antes de Cosme, abuelo de Lorenzo, parecia una cabaña; y despues de Cosme, abuelo de Lorenzo, un palacio. Por consiguiente los Médicis creian tener derecho á un supersticioso respeto en la casa, donde habian alojado aquella comunidad, cuyo principal ornamento en esta sazon extraordinaria era el monje Savonarola. Solamente á la elocuencia le está reservado cautivar como Savonarola cautivaba y persuadir como Savonarola persuadia. Los oradores llevan suspensa de sus labios la atencion de las muchedumbres, que desean verse conmovidas, agitadas, enloquecidas por el poder sobrehumano de la palabra. Así, cada dia se aumentaba su auditorio. Primero predicó á los novicios en lo interior del convento. Esta predicacion exaltaba tanto los ánimos que innumerables jóvenes pedian el noviciado y el hábito. Y cada vez mas concurridas las pláticas de Savonarola, tenia que dejar el claustro y salir al jardín para hablar al aire libre, cuyos giros comunicaban su voz á un gran número de oyentes. En mil ocasiones, colocado junto á un rosal, vestido con la blanca estameña de su

